

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 55. 13 de Julio de 1985

Los hijos de Caín

Las metamorfosis de Federico Gallego Ripoll

Por Francisco LOPEZ

Gallego Ripoll, Federico —porque antes fueron sus apellidos a su nombre de poeta metafórico— llega a este lector que escribe (no “censador de cainistas” como reza la afable dedicatoria del autor) de la mano de su segunda aportación poética.

Anteriormente, en 1981, había publicado “Poemas del Condottiero” en Adonais, libro revelador y encomiable, además de finalista en el premio del mismo nombre. No nos era desconocido, por tanto, el buen —decir de su verso en el buen— hacer de su estilo.

Ahora nos encontramos ante este Libro de las Metamorfosis (1), largo y extenso poema de más de cien páginas, aunque fraccionado, aparentemente, en cuarenta y nueve composiciones enlazadas por un verso que se repite. Dicho de otra manera: el verso final de cada poema será el primero del siguiente en un conciso tratamiento rítmico. Un dato importante que revela, a simple vista, una premeditada labor de composición cuya finalidad será, a fin de cuentas y junto a otros factores de análisis más amplio, dotar a su estructura de una deseada unidad estética. En este aspecto mucho podría decirse, en el buen sentido de la crítica académica, de sus registros formales y semánticos, por ejemplo, como portadores de un logrado dominio de la técnica. Mas no entraré ahora en disquisiciones semejantes, por mucho que considere su importancia. Todavía recuerdo los versos finales del poeta cuando dice en el prólogo que cierra, no casualmente, su libro:

.....
Metamorfosis o radiografía.
Voy conmigo debajo de mi brazo
miedoso ante el doctor que me traduce.

No tema pues el poeta, ni espere por mi parte unas sencillas recetas en la “consulta” de esta clínica. La poesía es una enfermedad incurable a la que no puede ni debe aplicarse ningún tipo de diagnóstico. Y el paciente lo sabe.

FABULA PARA LA INCERTIDUMBRE DE UN SUEÑO

Fue Platón el primero que dijo, en su “Fedón”, que es necesario que el poeta, para serlo, componga fábulas, no discursos. Yo no sé si Federico asentirá en que su libro es la fábula de un sueño, pero al menos a mí me lo parece. Ya en su libro anterior observábamos una preocupación por la fugacidad del tiempo, preocupación extensible a la presente entrega. Estamos además, en ambos casos, ante un ofrecimiento de amor y de ternura, pero al mismo tiempo de vacíos y de ausencias. Por añadidura, este Libro de las Metamorfosis brota de una agnóstica actitud ante la Vida impuesta en cómodos plazos de existencia, porque el poeta es un ser inadaptado y, en consecuencia, duda e interroga. Posición que subyace con anterioridad, también en su primer libro: “mientras el mundo duce / el mundo seguirá existiendo”. Ahora, en cambio, este proceso dubitativo se convierte en una afirmación metafórica sobre la ficción del ser —que no razón— a partir de su primer latido. El hecho de que el presente poemario se abra con un epílogo dedicado al origen (“Febrero me eligió para morir un poco”, dice uno de estos versos) es ilustrativo de anteriores prolegómenos no escritos, pero ciertos. De ahí que

para sentir y abarcar la totalidad de las pulsaciones vitales de estos versos, es preciso leer en la ausencia precedente de sus páginas, porque de lo contrario no percibiremos, desde un principio, la línea divisoria entre el misterio prenatal y el comienzo de la metamorfosis y la muerte.

Todo es un universo unitario de contrastes, expresado no pocas veces en bellas y lúcidas perfrasis poéticas. Pero, paralelamente, no existe “certidumbre de nada”; tan solo, como ya hemos señalado, la duda como “soporte” de este “insomnio” sin principio ni final, probablemente. Para el poeta, “todo es un círculo” o “galería en que el fin muerde su cola”. Por eso añade que “es inútil resistirse a la vida”, alzarse ante el destino que nos cubre. Simplemente, y a la vista de ello, nos deja la palabra de su propia metamorfosis, como refugio frente a la impotencia y como símbolo de insatisfacción.

Bien sé, para terminar, que pueden reprocharse estas reflexiones como falsas o alejadas del sentir creador que las motiva. Pero convendrá conmigo el lector, y tal vez el autor, en que lo dicho es una mera apreciación de contenido sobre un libro que, al-fin-y-al-cabo, encierra en sus páginas la más clara incertidumbre del todo y de la nada. “Reconóceme y duda”, nos advierte el poeta. Yo, por mi parte, acabo de intentarlo. Es posible que no haya conseguido lo primero, pero siempre me quedará la duda.

(1) “Libro de las Metamorfosis”. Federico Gallego Ripoll. Biblioteca de Autores Manchegos. Diputación de Ciudad Real, 1985.

Federico Gallego Ripoll/dos metamorfosis

Para Ana María Fernández-Pachego

Metamorfosis de la nieve

Todas las niñas de nueve años tienen las manos tristes y la mirada adulta, rodillas como azúcar de anteaer y cuatro esquinitas en una cama grande que arrojan a manos llenas por las altas ventanas.

Visten muñecas en silencio y se asombran ante el primer eclipse temblando a espaldas del armario por ese sol inexplicable arrebatado a su sonrisa.

Callan cuando los pájaros se callan y se abrazan al pino mientras las madres cortan su merienda, como queriendo amar todos los trinos de un autobús lleno de gorriones.

A la pata coja no saben de guerras, pero ya las detienen sus grandes ojos lúcidos.

Y escriben un diario con letra temblorosa. Y pintan campos rojos llenos de caracoles. Y tardan en dormirse. Y lloran por la tarde sin saber por qué.

Metamorfosis por agosto

Sin saber por qué me compré un caballo nuevo.

Galoparon las yemas de mis dedos como si recobraran su traje de primera comunión.

Me cansé, me cansé sobre la playa gozando borracheras de aire en todas mis pestañas revueltas.

Después dormí, dormimos largo tiempo (no sé quien en el hombro del otro) ese color azul lleno de barcos y yo.